

EL VUELO DEL AZABACHE (Adela Blanes Restoy)

El aire de la Alcarama no sopla; muerde. He hundido la mano en la grieta del dintel, allí donde el adobe se rinde al líquen, y he sentido el pulso gélido de una estirpe que se niega a ser polvo. No hay paz en este hueco. Una torda cruza la boca del pajar. Es un latigazo seco que zurce, por un instante, la herida de luz entre los muros. Ella entiende que este vacío no separa: funde la dula desierta con la fronda que ya reclama su sitio.

Bajo mis botas, el suelo exhala un rastro de orujo rancio y suarda vieja. Aún resuena aquel abril del setenta y nueve, cuando el silencio se hizo ley. Cierro los ojos y mi piel reconoce el roce del vellón que una vez abrigó Europa; un calor que todavía huele a sebo y a camino. No toco una ruina; toco el rastro vivo de una derrota. Este pórtico sostiene la vigilia de los que se fundieron con la piedra.

Aquí, la historia ya no se mide por el derrumbe. Se mide en el silbido mineral que cala los huesos. La piedra persiste porque custodia una verdad. A lo lejos, el silbo del ave recoge esa vibración y la proyecta: un hilo de sonido hilvana las ausencias con la pulsión de un horizonte germinal.

Alzo las manos. Mi sombra imita el vuelo del azabache sobre el dintel. Doy un paso al frente y cruzo el umbral como la torda. Ya no soy quien mira. Sarnago vuelve a ser *Sarnadari*: la primavera de hierro que puja por la grieta. No huyo. Soy la rama que atraviesa la ventana y conecta los tiempos; un brote obstinado que desafía el olvido. El viento ha dejado de morder. Por fin, regreso a casa.